

EMERITA, Revista de Lingüística y Filología Clásica
LXXXV 2, 2017, pp. 359-385 ISSN 0013-6662

RESEÑAS DE LIBROS

I. Ediciones y técnica filológica

JENOFONTE, *Helénicas*. Introducción, edición, traducción y notas de José Francisco González Castro, Alma Mater, Colección de autores griegos y latinos, Madrid, CSIC, 2015, LXXI + [317] pp.

La colección Alma Mater de textos clásicos griegos y latinos continúa su intenso ritmo de producción con nuevas ediciones bilingües que constituyen un tesoro para los estudiosos de la Antigüedad. En este caso se trata de la primera edición española del texto griego y ha merecido el premio del Ministerio de Educación a uno de los libros mejor editados de 2016. La Introducción, detallada e ilustrativa, ofrece discusiones sobre lengua, estilo, fecha de composición. Por ejemplo, en V 1.11, trata la cuestión de la equivalencia entre *μετά* con genitivo y *σύν* con dativo. La cita intenta demostrar que el ático del autor no es tan puro como suele considerarse, dado que es la segunda opción la canónica. Parece pues tener muchos elementos de diversa procedencia dialectal o estilística.

Por otra parte, las referencias históricas se conjugan con los problemas de composición de cada parte, con lo que la cuestión filológica adquiere trascendencia para la interpretación historiográfica, por ejemplo, para los complejos años 402-401 (p. XLI). También atiende a las omisiones, que es necesario rellenar con el uso complementario de otras fuentes, afortunadamente abundantes, en historiadores, algunos fragmentarios, o en oradores. Se complementa con la enumeración de papiros y códices y con el *stemma*. Hay además notas ilustrativas que señalan paralelismos de autores como Diodoro y que dan datos de acontecimientos presupuestos por el autor o de personajes conocidos por otras fuentes, así como localizaciones geográficas. También en las notas, por ejemplo, en II 3.2, González Castro hace interesantes comentarios sobre los oligarcas.

En cuanto al texto, tiende a conservar la lectura de los manuscritos con pocas excepciones. Sólo admite algunas correcciones, como en I 1.23, igual que las demás ediciones, la de Bergk: *κᾶλα* (las maderas) por *καλά*. Algunos párrafos, sin embargo, merecerían al menos algún comentario, como I 2.1, donde la referencia a los peltastas podría ser objeto de una nota, como hace la mayoría de los editores, dado que se trata de un texto con dificultades de lectura, no sólo de traducción. Asimismo, en

VII 1.25: «el polemarco que había llegado a ser espartíata», acepta la lectura de los manuscritos, frente a correcciones como las de Marchant: «el espartíata que había llegado a ser polemarco», que parece más coherente con las prácticas espartanas. El texto de I 4.13 presenta problemas de lectura que no hace constar González Castro. La cuestión parece bastante importante, acerca del juicio y la imagen de Alcibíades ante los atenienses. En I 7.33, sería interesante haber hecho constar los problemas de la frase: «al no haber sido capaces de cumplir las órdenes a causa de la tempestad», que suprimen algunos editores, como Marchant, que la incluye entre corchetes, mientras que otros señalan los problemas en nota, dada la incongruencia de la acusación. De admitirse la frase habría que aclarar que se trata de una argucia dialéctica de Euripíleo, o de un artificio del propio Jenofonte.

En general, la traducción es impecable desde el punto de vista gramatical y estilístico. Habida cuenta, sin embargo, de que se trata de la obra de un historiador que puede ser utilizada por muchos estudiosos de Historia Griega en diversos niveles de experiencia, con mayores o menores conocimientos de la lengua original, que pueden o no ser capaces de cotejar el texto castellano con el griego, a pesar de las ventajas que ofrece la edición bilingüe, a veces se presentan lecturas que pueden inducir a cierta confusión, sobre todo cuando se usa una terminología excesivamente modernizante o que prescinde de ciertas matizaciones importantes para comprender la realidad histórica tratada.

Uno de los casos más significativos es el de la traducción de δῆμος, por ejemplo en I 1.27, como «partido democrático», como hacen otros traductores, como Guntiñas y Brownson («democratic party»), mientras que otros han preferido «el pueblo», «le peuple» (Hetzfeld), «the commons» (Krentz), «the people» (Marincola). González Castro usa mucho la expresión tanto en traducción como en notas para referirse a los conflictos sociales dentro de las ciudades entre δῆμος y ὀλίγοι. No cabe duda de que para un lector moderno crea una distorsión cuando se trata de una sociedad en la que no se han inventado los partidos políticos.

Del mismo modo, en II 3.13, traduce πονηρούς como «malos ciudadanos», como Hetzfeld y Guntiñas, lo que priva al texto de matiz social, sobre todo cuando se trata de la contraposición con los oligarcas. Brownson por ejemplo usa *scoundreles*, que equivale a «villanos», que, como en castellano, une a la connotación moral la social. Paralelamente, en II 3.15, traduce καλοὺς κάγαθούς como «los honrados y buenos»; mientras que para otros la expresión alude a nobles o aristócratas, todo ello según el vocabulario del Pseudo-Jenofonte. En II 4.21, traduce ἐταιρία como «amistad», que pierde sentido político correspondiente a los grupos oligárquicos que actuaban en la Atenas democrática. En VII 1.23 traduce αὐτόχθονες por «autónomos», cuando se trata de una manifestación del orgullo de la autoctonía, similar a la de los atenienses, los que no procedían de las invasiones. Guntiñas incluso se apoya en Heródoto y Tucídides sobre la autoctonía de los arcadios.

Sin duda, la excelente edición de González Castro tendría mayor proyección en el gremio de los historiadores con algunas de las matizaciones indicadas, pero no deja de ser una joya en el panorama de los estudios clásicos de la España actual.

DOMINGO PLÁCIDO
UCM

APULEIO, *De Platone et eius dogmate. Vita e pensiero di Platone*. Testo, traduzione, introduzione e commento a cura di Elisa Dal Chiele, Bologna, Bononia University Press, 2016, 184 pp.

A pesar de las dudas sobre su autenticidad y las críticas de algunos estudiosos modernos por su contenido y su estilo, el *De Platone et eius dogmate*, el más extenso de los opúsculos filosóficos atribuidos a Apuleyo, que ya en el título se presenta como una recopilación sistemática de las teorías del maestro (*dogmata*), es una obra de gran importancia para conocer la historia del platonismo en lengua latina, en particular del denominado medioplatonismo¹, al ser uno de los pocos testimonios seguros llegados hasta nosotros de dicho movimiento en latín².

Por eso el trabajo de Elisa Dal Chiele, profesora del Dipartimento di Filologia Classica e Italianistica de la Universidad de Bolonia, supone una magnífica oportunidad para revisar y arrojar algo de luz sobre algunos de los problemas que este tratado aún sigue planteando.

En su obra, tras una extensa Introducción (pp. 9-49), donde se abordan la mayor parte de las cuestiones que el *De Platone* aún sigue suscitando, se da paso a la edición bilingüe del opúsculo apuleyano (pp. 55-121), para la cual se ha seguido sobre

¹ El medioplatonismo, que se desarrolló sobre todo durante los ss. I y II d.C., trató de desvincularse del escepticismo que dominó el platonismo de época helenística mediante la vuelta al dogmatismo platónico, que se manifestó en la tentativa de sistematizar las doctrinas del maestro, de lo cual es un buen ejemplo el propio *De Platone*. Paralelamente, en el plano doctrinal se caracterizaba por un claro eclecticismo, al admitir ideas de origen peripatético y estoico, mezcladas con un cierto misticismo derivado de los cultos religiosos de origen oriental (cf. Dal Chiele, pp. 16-17).

² Excepción hecha, quizás, de la traducción y comentario del *Timeo* platónico por parte de Calcidio, autor probablemente de finales del siglo IV, al que parte de la crítica etiqueta como medioplatónico por algunos de los postulados que defiende, como la llamada «Teología de los tres principios», a saber, Dios, la forma o las ideas y la materia, teoría típicamente medioplatónica, presente en filósofos de los ss. I y II como Ario Dídimo, Alcínoo o el mismo Apuleyo. Cf. al respecto nuestro trabajo «Calcidio, traductor y comentarista del *Timeo* platónico», *Ágora. Estudos Clássicos em Debate* 17.1, 2015, pp. 11-57 (cf. p. 30).

todo la edición de Moreschini (Teubner, 1991, pp. 87-145), aunque en algunos lugares se aleja de ésta para acoger las propuestas de G. Magnaldi y de J. Beaujeu, autor este último de la edición de la obra en *Les Belles Lettres* (1973, pp. 60-107)³. A continuación, se incluye, en forma de notas al final al texto de la traducción italiana, un exhaustivo comentario de los dos libros que nos han llegado del *De Platone* (pp. 123-160). Cierran el libro una amplia bibliografía (pp. 161-182), constituida por los códices y las ediciones citados y las traducciones del *De Platone* a lenguas modernas (todos ellos en orden cronológico) –donde no se mencionan las dos traducciones españolas aparecidas hasta ahora, las de A. Camarero en la UNAM (1968) y la nuestra, que abarca toda la obra filosófica apuleyana, publicada en Gredos (2011)–, amén de una amplia relación de estudios (en orden alfabético), divididos en estudios sobre el *De Platone* y «Otros estudios». Inexplicablemente, no se incluye ninguna clase de índices, recurso éste de indudable utilidad en obras de estas características.

Respecto al tratado, en la Introducción la autora dedica una atención preferente a las cuestiones referidas a la autenticidad y datación de la obra (pp. 23-29), a los aspectos estilísticos y léxicos (pp. 33-42) y a su pervivencia (pp. 42-49). También es destacable el espacio que dedica a los aspectos biográficos y al contexto en que se sitúa la figura de Apuleyo (pp. 9-16). En cambio, nos sorprende que no haya dedicado un apartado específico a la exposición sistemática de los contenidos doctrinales del *De Platone* –algunos de los cuales son originales de su autor⁴–, para lo cual el lector se tiene que remitir a las notas que componen el comentario.

Uno de los principales problemas que aún sigue suscitando el *De Platone* es el de su autoría, juntamente con el *De mundo*, tratado con el que comparte un buen número de rasgos estilísticos y léxicos que les diferencian de las obras de autoría apuleyana segura (*De deo Socratis*, *Floridas*, *Apología* y *Metamorfosis*), de ahí la atención que el libro dedica a la lengua y al estilo del *De Platone*. Además, ambos tratados, frente a las obras de atribución segura, se sirven de estructuras métricas cuantitativas y acentuales (*cursus mixtus*) y del fenómeno conocido como *Scheinprosodie*⁵, lo cual supone un problema para confirmar la autoría apuleyana de los mismos, pues ambos

³ En la edición de Dal Chiele la subdivisión de los párrafos sigue de manera particular la edición de Hildebrand (Lipsiae 1842).

⁴ Cf. al respecto el apartado «Contenido doctrinal» de la Introducción que precede a nuestra traducción del tratado, pp. 97-121.

⁵ La *Scheinprosodie* es una licencia métrica consistente en permitir que la sílaba final de la penúltima palabra se pueda medir como breve, siempre que esta sea larga por naturaleza, no por posición. Sobre esto, cf. A. Axelsson, «Akzentuierender Klauselrhythmus bei Apuleius. Bemerkungen zu den Schriften *De Platone* und *De mundo*», *Vetenskaps-Societeten i Lund, Årsbok* 1952, pp. 3-20.

son fenómenos observados normalmente en la prosa posterior a Apuleyo⁶. En fin, en ambas obras también se han puesto de relieve un cierto número de deficiencias y errores en el contenido y en los aspectos lingüísticos, de forma que en opinión de algún autor, como Redfors, ambas parecen más propias de un compilador torpe que de un filósofo y rétor cultos.

A todas estas dudas Dal Chiele responde, en primer lugar, que toda la tradición es unánime en atribuir a Apuleyo ambas obras. Además, entre las fuentes usadas en el *De Platone* hay tres autores muy frecuentados por el madaurense, a saber, Plauto, Salustio y Cicerón. También en el manual se tratan cuestiones que también aparecen en las obras de atribución apuleyana segura, como el catálogo de atributos divinos (*Plat.* I 191), la definición de las estrellas errantes (*Plat.* I 201) o el papel preeminente concedido a los démones, seres de naturaleza aérea, intermediarios entre los hombres y los dioses. En cuanto a las deficiencias de contenido señaladas por la crítica, Dal Chiele las atribuye al carácter didáctico del tratado –con él se pretende acercar a un público latino no especialista en las enseñanzas del maestro–, mientras que las deformaciones doctrinales se explicarían porque ya estaban presentes en el *corpus* de fuentes utilizadas para la redacción del manual⁷. La falta de referencias explícitas a Platón –algo en principio sorprendente– se debería a que el propio Apuleyo se pretende presentar a sí mismo como *auctoritas* platónica de absoluta confianza. El propio uso del *cursus mixtus* –por el progresivo abandono del sistema cuantitativo y la creciente difusión del sistema acentual–, según algunos autores, constituiría una prueba a favor de la autenticidad de *Plat.* y *Mund.* Y, en fin, aunque el análisis lingüístico y estilístico del *De Platone* y del *De mundo* no aporta pruebas decisivas para determinar la autenticidad de ambas obras, al menos demuestra que fueron escritos por la misma persona.

Otra de las cuestiones más controvertidas que suscitan ambos tratados es la de su datación, que Dal Chiele sitúa en la madurez de su autor (después del 167)⁸, y que

⁶ Este diferente uso en un mismo autor de las cláusulas rítmicas, fenómeno en verdad extraño, se ha intentado explicar por parte de algunos autores como Redfors recurriendo a la versatilidad «transformista» de Apuleyo, y según Marchetta la elección del *cursus mixtus* indicaría una menor aspiración literaria del *De Platone* y del *De mundo* respecto al resto de obras del autor.

⁷ Dal Chiele, a este respecto, insiste en que no estamos ante la mera copia de una única fuente y que su génesis es completamente independiente de otro tratado de similares características, el *Didaskalikos* de Alcínoo. Asimismo, el *De Platone*, en contra de lo que a menudo se sugiere, tampoco sería el testimonio de una personalidad individual –ya sea Gayo o Tauro–, sino que dependería de un *corpus* de material doxográfico platónico en circulación en esa época.

⁸ Dal Chiele se apoya en los trabajos de G. Magnaldi para explicar las dificultades sintácticas del *De Platone* como fruto no tanto de la impericia del autor como de las dificultades

relaciona con una posible actividad de Apuleyo como maestro de retórica en Cartago al final de su vida.

A modo de conclusión, es indudable que el trabajo de la profesora Dal Chiele supone una contribución de primer orden al debate sobre los problemas que aún siguen abiertos respecto al *De Platone et eius dogmate*. Además, la claridad y respeto al original de su traducción, junto al importante aparato de notas que constituye su comentario, ayudará a acercar al lector interesado una obra que, no lo olvidemos, a pesar de las deficiencias en él observadas y la escasa originalidad que a menudo se le atribuye, constituyó uno de los pocos recursos de los que la intelectualidad del Occidente medieval, desconocedora del griego, disponía para acceder a las teorías platónicas.

CRISTÓBAL MACÍAS
Universidad de Málaga

II. *Lingüística*

RODRÍGUEZ ADRADOS, F., *Indo-European morphology: creation, culmination, decline*. Innsbrucker Beiträge zur Sprachwissenschaft 153, Innsbruck, Institut für Sprachen und Literaturen der Universität Innsbruck, 2016, 192 pp.

En este libro Francisco Rodríguez Adrados resume la teoría que ha defendido a lo largo de toda su carrera científica sobre las diferentes fases del indoeuropeo. El punto de partida de la teoría es la necesidad de replantear la reconstrucción del indoeuropeo a raíz del desciframiento del hetita, a principios del siglo XX. En aquel momento se observó que esta lengua presentaba, o mejor dicho, no presentaba ciertos rasgos morfológicos que sí se dan en el resto de lenguas indoeuropeas. Así por ejemplo, se advierte que el hetita no distingue entre masculino, femenino y neutro, sino entre animados y no animados. También que únicamente cuenta con un tema verbal, es decir, es monotemático, y no tiene tema de aoristo y de futuro. Aquellos autores que consideran que la reconstrucción del indoeuropeo de Franz Bopp es la correcta sostienen que si el hetita no dispone de una morfología tan completa como el resto de las lenguas indoeuropeas es precisamente porque ya ha perdido determinados rasgos morfológicos. Adrados por el contrario considera incorrecto este planteamiento y reivindica la reconstrucción de diferentes fases del indoeuropeo, progresivamente más complejas, y no un indoeuropeo unitario.

de una compleja tradición textual, donde las anotaciones al margen o entre líneas de los copistas antiguos acabaron por integrarse en el texto.

La primera fase del indoeuropeo propuesta la denomina Adrados Indoeuropeo I (IE I) o no flexional. En la página 67 se listan una serie de características lingüísticas que aún se conservan en las diferentes lenguas indoeuropeas, empezando por las anatólias, y que parecen remontar a una época anterior. Algunas de estas características son las raíces monosilábicas –que en ocasiones presentan alargamientos con valor nominal o verbal–, los elementos prosódicos, las formas consistentes en una raíz con alargamientos o duplicaciones de ella misma, el orden de palabras con valores sintácticos, los adverbios monosilábicos, las preposiciones, los pronombres, las conjunciones, etc.

La segunda fase del indoeuropeo sería la que el profesor Adrados denomina Indoeuropeo II (IE II) o monotemático. Está representado por el hetita y por otras lenguas anatólias. Uno de los rasgos morfológicos más llamativos de estas lenguas, perteneciente al sistema nominal, es la ausencia de género. También se dan otros rasgos morfológicos, como la parcial coincidencia del nominativo y genitivo singular temático, la fluctuación entre varios temas, etc. De este modo, el llamado IE II constituiría un indoeuropeo de transición entre el I y el III. Para Adrados, en esta fase es posible observar cómo se están construyendo los rasgos morfológicos del IE III; en su opinión «there is considerable fluctuation in everything» (p. 77). Por otra parte, el verbo en hetita es por regla general monotemático: tiene un presente radical, temático o no y derivativos con sufijos, muchos de los cuales se reconstruyen para el IE III. El aoristo, el perfecto, el futuro, el subjuntivo o el optativo, el número dual y otras formas son inexistentes.

En este punto, el profesor Adrados suma la hipótesis de que el etrusco es una lengua anatólia y por lo tanto perteneciente en origen al IE II o monotemático. Adrados es consciente de que aún hay una gran discrepancia sobre la filiación lingüística de esta lengua, ya que muchos autores sostienen que se trata de una lengua no IE. En las páginas 88-89 se lista una serie de características lingüísticas del etrusco, semejante, según el autor, al anatolio; en opinión de Adrados, si estas se analizan desde el punto de vista del indoeuropeo se llega a la conclusión de que nos encontramos ante una lengua indoeuropea monotemática y por lo tanto perteneciente al IE II.

A continuación, se tratan la creación y desarrollo del indoeuropeo III (IE III) o politemático. En la página 95 se enumeran algunas características que aparecen en este nuevo estadio del indoeuropeo, como con por ejemplo la distinción del subjuntivo o el optativo del tema de presente o la del indicativo atemático con desinencia \emptyset frente al subjuntivo con alternancia e/o, etc. El IE III cabe dividirlo a su vez en IE IIIA, al que pertenecen las denominadas lenguas del este, como son el védico y sánscrito (y más tarde los dialectos prácritos), el avéstico y el antiguo persa, el griego y algunas otras lenguas menores. A este grupo hay que añadir las lenguas balto-eslavas. Por otra parte, las lenguas del oeste, como las lenguas celtas, germánicas o itálicas pertenecen al IE IIIB.

Dentro del grupo IE IIIA, las lenguas más antiguas son el griego y el védico. Estas presentan ya una flexión pronominal, nominal y verbal más extendidas que las anatolias: nombres, adjetivos y pronombres presentan hasta un máximo de ocho casos, (a veces hasta con tres números diferenciados), los verbos tienen hasta cuatro temas (presente, futuro, aoristo y perfecto) y muchos de ellos no solo con indicativo o imperativo, sino también subjuntivo, optativo y formas nominales. Por otro lado, este IE IIIA politemático no ha reducido los temas de pretérito a dos, como hizo el IE IIIB, el cual floreció en Europa. En la página 101 se cita una serie de elementos que, por un lado, son comunes entre el griego y el antiguo indio y que, por otro, han sido eliminados en ambas lenguas. Posteriormente, también se tratan las lenguas iránicas, cuyas características son muy similares a las del antiguo indio, el balto-eslavo y, por último, se dedica un breve espacio al armenio, frigio y albanés. En cuanto al estudio del IE IIIB, se tratan los diferentes rasgos morfológicos comunes de las lenguas itálicas, con especial atención al latín, también las lenguas celtas y las lenguas germánicas, donde se pone más énfasis en el gótico. En estas páginas se tratan aspectos de la flexión nominal y pronominal así como de la conjugación verbal.

Este apartado se cierra con un estudio del tocario A y B, lenguas que el autor trata también en un capítulo diferente, puesto que no sólo presentan ciertas innovaciones en sus declinaciones, que en ocasiones coinciden con las lenguas del oeste estudiadas dentro del IE IIIB, sino que también ha mantenido algunos arcaísmos, como, por ejemplo, en el sistema verbal, que no dispone de subjuntivo.

La última parte de este libro está dedicada a lo que F. R. Adrados denomina Indoeuropeo IV (IE IV). Dentro de esta fase del indoeuropeo se clasifican aquellas lenguas que actualmente se consideran «modernas». En este capítulo se citan y examinan lenguas como el griego, que ha ido simplificando desde época bizantina su morfología nominal y verbal, las lenguas romances, procedentes del latín, en las que las declinaciones han desaparecido, como el español, el francés o el italiano, y las lenguas germánicas, como por ejemplo el inglés.

Así, y como se adelanta en el título del libro, el autor nos presenta, en primer lugar, la progresiva creación de la morfología en indoeuropeo, representada por el IE I y sobre todo el IE II, en segundo lugar, la culminación y auge de la morfología indoeuropea, que está representada por el IE III, y, por último, su decaimiento, que tiene lugar en el IE IV, en el que se incluyen las lenguas modernas que han simplificado su sistema morfológico, tanto nominal como verbal. Casos claros de ello son por ejemplo, el griego moderno, el español o el inglés.

Aunque este libro contiene hipótesis del profesor Adrados que permanecen abiertas a la discusión, ello no empaña el gran valor de esta obra, conclusión y resumen de numerosos estudios a lo largo de varias décadas en las principales revistas y editoriales especializadas en lingüística indoeuropea. Sin duda contribuirá a difundir las ideas del autor en ámbitos académicos a veces demasiado reacios

a aceptar cambios de modo de pensar de tanta envergadura como los que aquí se proponen.

ÁNGEL LÓPEZ CHALA
UCM

LE FEUVRE, C., *Ὅμηρος δύσγνωστος. Réinterprétations de termes homériques en grec archaïque et classique*. Hautes études du monde Gréco-Romain 53, Ginebra, Droz, 2015, X + 815 pp.

La lengua de Homero resultaba extraña y difícil de entender para los griegos de cualquier época. Ni siquiera los gramáticos sabían qué significaban algunas expresiones bien asentadas en los poemas. La evolución de Grecia en la Antigüedad, con su atomización política y dialectal y con el espíritu dialéctico que rige en buena medida el nacimiento de los distintos géneros literarios, apreciable, por ejemplo, en la voluntad de alejarse de los artificios de los poetas que manifiesta Tucídides, había convertido aquella lengua en una especie de fósil, cuyos precedentes se habían perdido u olvidado y que careció de una verdadera continuidad. A la explicación del sentido de algunos de esos términos de difícil interpretación dedica Le Feuvre (LF) este magnífico libro, con cuya reseña quiero contribuir al homenaje a J.L. García Ramón, amigo y compañero de tantos años.

La presencia de términos aislados, sea porque hubieran caído en desuso y no se conocieran fuera de aquella épica, o porque dentro de ella su frecuencia era escasa y los contextos no permitían determinar su sentido con exactitud, había de dar lugar a errores de interpretación. La de Homero podría parecer a veces una lengua extranjera, pese a que, salvo *πρόχτυ*, todos los términos estudiados por LF son de etimología griega, aunque su evolución pudo transformarlos hasta el extremo de ocultar su origen. Esa doble situación, aislamiento y dificultad de reconocer la forma originaria, habría hecho que muchos de esos términos fueran reinterpretados sincrónicamente, ya por deducción a partir de los contextos, ya por paronimia con términos más usuales. *Desmotivación, reinterpretación y reanálisis* son los procesos que presiden esa evolución y que LF describe con rigor, profundidad, sensatez y honestidad científica en dieciocho términos homéricos.

Una vez incomprensibles (desmotivación), las palabras son objeto de dos procesos. Uno es el de *reinterpretación*, de carácter semántico. La palabra adquiere un nuevo significado, generalmente por influjo del contexto, para acercar la forma de la palabra a su nuevo valor y que hace difícil la restitución del sentido original si los propios aedos fueron los responsables de esa modificación, que puede ser interna (*εὐρωδεῖη* < *εὐρωδεῖη* por pérdida de conciencia de su relación con *ἔδος*) y exter-

na, casi siempre por efecto del *sandhi* (ἔχεν ἦδυμος < ἔχε νήδυμος). El otro es el de *reanálisis*, morfosintáctico, que consiste en una segmentación incorrecta. Se produce por similitud con palabras conocidas (ἄργυρος < ἀργ-υρος, mal relacionada con ‘blanco’ por su similitud con ἀργός), por errónea identificación de los componentes (καμμονή, ‘alabanza’, olvidada la relación con μένω, ‘resistencia, aguante’) o por incorrecto análisis sintáctico (παρήγορος, ‘el caballo de fuera’, analizado como predicativo a partir de un contexto, XVI 471, que permite ese análisis y reinterpretado como ‘tendido a lo largo’).

En su Introducción (1-59) recuerda que, según Platón (*Alc. II* 147c), Homero es δύσγνωστος pero no ἄγνωστος, difícil, pero no imposible de entender y se declara partidaria de aplicar el principio Ὅμηρον δι’ Ὀμήρου σαφηνίζειν, de Aristarco, porque el hecho de que todos los autores, clásicos y postclásicos, y todos los gramáticos y estudiosos coincidan en la interpretación de un término no garantiza que esa sea la correcta, ya que la reinterpretación puede haberse producido en el propio texto de Homero, aunque en algún caso ello implica una crítica a Aristóteles. Reconoce, sin embargo, que la solución correcta está ya, a veces, perdida en el maremágnum de comentarios antiguos, en explicaciones de algún gramático, de Eustacio o de los escolios, fuentes que LF utiliza con solvencia y provecho. Esas afirmaciones y esos principios parecen aceptables y lo es también la reivindicación de la obra de Leumann, quien, como ella, aplicaba aquella máxima aristarquea y que fue tan injustamente tratada por cierta crítica.

Enuncia también los principios de reinterpretación, que se produce casi siempre después de Homero, principios que pueden actuar de forma independiente o combinada. Son estos la *homonimia* (δαίφρων, entendido como ‘belicoso’ a partir de ἐν δαΐ (λγρηῆ), pero relacionado con διδάσκω y, por tanto, ‘conocedor’) y la *paronimia*, base de tantas etimologías populares (ζεῖδωρος, φυσίζοος erróneamente relacionados con ζωή, pues tienen que ver con ζειά), que afectan a palabras aisladas, y otros que afectan a sintagmas, hemistiquios o versos enteros, como la *permutación contextual*, que interpreta el sentido de un adjetivo desconocido aplicado a un sustantivo como equivalente al de otro conocido, la *glosa* y la *reduplicación*, que permiten que un adjetivo de sentido desconocido se tome como explicación de otro conocido que le precede, la *diferenciación contextual*, que se da cuando una misma palabra presenta dos sentidos diferentes en contextos diferentes y el *naturalismo*, que se produce cuando a un término de sentido oscuro se le da un significado basado en la experiencia.

En cuanto al objeto, alcance y método de su estudio, abarca palabras reinterpretadas en Homero y, en algunos casos, en autores clásicos, pero no en los postclásicos, porque estos, dice, pueden verse influidos por polémicas filológicas de su época. Su *corpus* de trabajo será una selección basada en criterios filológicos (si hay dudas antiguas), morfológicos (si forma y significado del término no se corresponden) y semánticos (si el sentido de una palabra es inconciliable dentro de Homero o entre

Homero y los autores clásicos); en cuanto a su método, será fijarse exclusivamente en Homero, atendiendo al contexto y a la cronología relativa y aplicando un análisis lingüístico moderno, desechando las teorías de los gramáticos antiguos.

El estudio tiene tres partes: en la primera (62-303) se analizan ocho términos (*χλοῦνης, ἐνώπια, μῶρφος, εὐράξ, προμνηστῖνος, ἀλέγω* y compuestos en *-ηλεγής, ἀκεστός* y *πρόχλυ*) con alteración del significado pero no del significante; en la segunda (306-530), seis (*ἐπίκλοπος, ὀπλότερος, αἴμονα θήρης, ἐυκλειᾶς, ἐλίκωπες ἔλικας βοῦς* y *ἀγέρωχοι*) con alteraciones del significante y del significado dentro del límite de palabra y en la tercera (533-640), cuatro (*μάψ, προθέλυμος, ἀσφάραγος* y *ἐντυπᾶς*) donde la alteración sobrepasa ese límite. El procedimiento de análisis consiste en señalar, en primer lugar, el ejemplo base donde el valor inicial aún podría verse; luego, ejemplo(s) donde el contexto o cualquiera de los principios de reinterpretación mencionados permite el reanálisis y, por último, ejemplo(s) ya reanalizado(s).

Semejante proceder conlleva algunos problemas. Uno es el reconocimiento de fases diferentes en los poemas, algo en principio aceptable, tratándolas como etapas claras, sucesivas e independientes, pero que obliga a invocar hechos mal o escasamente documentados para reconstruir fases anteriores a la final; en algún caso, incluso, con mezcla de elementos de varias fases para su explicación: me refiero, por ejemplo, a la explicación de *ἐντυπᾶς*, que incluye la presencia de la forma eolia de *ὑπό* y una elisión rara en Homero pero común en ático. Hay que decir, sin embargo, que LF es consciente de la escasa firmeza de semejantes bases, cuya reconstrucción es muchas veces solo teórica. Otro es el escaso número de datos en los que apoyar sus conclusiones dentro de Homero: algunas veces falta el contexto de partida, o el reanalizable, o la situación se produce entre ejemplos de los dos poemas; el sustento material de su análisis es escaso y cabe preguntarse si el conocimiento de todos los ejemplos sería tan generalizado entre todos los aedos como para permitir la generalización del sentido reinterpretado. También es discutible la cuestión de cómo traducir los términos reinterpretados. Ella es partidaria de emplear tanto el sentido adquirido como el original y critica que muchas traducciones actuales y los comentaristas antiguos atribuyan un solo significado para cada significante. La suya es una propuesta tan respetable como criticable: la versión final del texto es el resultado sincrónico de una evolución diacrónica y debe interpretarse como un conjunto en el que se han unificado las posibles etapas en las que se configuró; de hecho, la propia LF procede de ese modo al reclamar su derecho a considerar el hexámetro en el estado que se presenta en Homero, sin atender a fases anteriores sobre las que solo cabe especular y en las que podría suponerse que la forma del hexámetro coexistiría con la de las palabras luego reinterpretadas. Habría sido interesante conocer su opinión acerca de cómo traducir *ἀμύμων* en *Od. I 29*, referido a Egisto, y *ἦρωος* en *Od. VIII 483*, aplicado a Demócoco.

El análisis de cada término es verdaderamente exhaustivo. Se aportan los ejemplos, homéricos y no homéricos, así como las referencias a otras palabras de su raíz y a su etimología. Su amplitud es tal que una atención detallada a todos ellos o incluso a una selección sobrepasaría el margen que cabe esperar en una reseña; sin embargo contamos con la ventaja de que los principios de reinterpretación y reanálisis pueden funcionar por igual en cada uno de los capítulos, aunque lógicamente algunos fenómenos son más normales en unas partes que en otras. Esa situación se ve perfectamente reflejada en este trabajo, cuya interconexión entre capítulos y ejemplos estudiados es constante y donde la lectura de cualquiera de sus partes permite adquirir una idea cabal del contenido general, de modo que una breve referencia a alguno de ellos bastará, en mi opinión, para conseguir ese objetivo. Es este un libro que puede leerse por capítulos sin que ello implique perder de vista la cohesión del conjunto.

He aquí una selección de sus análisis. (1) ἐπὶ χλοῦνην σὺν ἄγριον ἀργιόδοντα (IX 539), está mal entendido como ‘jabalí castrado’ desde Aristóteles por una incorrecta interpretación sintáctica, que hizo asociar χλοῦνην a ἄγριον ἀργιόδοντα, considerando a todo el conjunto epíteto de σὺν (principio de *glosa*). La palabra, en realidad, es de la raíz de χλοή, ‘verdura’, y debería interpretarse como régimen de ἐπί: «envió un jabalí salvaje, de blancos dientes, al huerto». Ese análisis está en uno de los numerosos comentarios o escolios homéricos, pero la autoridad de Aristóteles ha pesado mucho. (2) En la interpretación de αἰετόν ... μόρφον θηρητήρα (XXIV 315-316) como adjetivo referido al color, ‘oscuro, sombrío’, del águila, también ha influido el estagirita y algunos gramáticos antiguos: un escolio recoge la correcta, de Herodiano, que asocia el término con μάρπτω, ‘arrebatar, rapiñar’. En este caso habría actuado el principio de *similitud paradigmática*, por el cual se habría considerado semejante el sentido de XXI 252 αἰετοῦ ... μέλανος τοῦ θηρητήρος al del ejemplo citado. (3) Un caso de aparente sencillez es el de la interpretación de ἐπίκλοπος (XXII 281 y tres versos de la *Odisea*). La verdadera forma de esa palabra fue ἐπίπλοκος, relacionada con πλέκω y no con κλέπτω, una metátesis de la que son responsables los contextos en que aparece y los personajes a quienes se asocia. La relación con ‘decir’, ‘palabra’ está presente en esos ejemplos y el paso del significado ‘urdidor (de palabras)’ al de ‘astuto’, ‘tramposo’ es el resultado de una homonimia secundaria entre aquellos dos verbos: el disimulo inherente a κλέπτω y la aplicación del adjetivo a Odiseo favoreció la reinterpretación como ‘mentiroso’, ‘ladrón mediante palabras’. (4 y 5) Los casos de ἐυκλείας (X 281) y ἐλικώπες Ἀχαιοί y ἔλικας βοῦς (varios ejemplos) pueden agruparse porque ambos están relacionados con la estructura del hexámetro. En el primero, la reinterpretación (una incorrecta asociación con κλέος) ha producido problemas métricos, pues hay que medir como largo el final -ας, donde el acento demuestra que es breve. Propone que esa forma recubra a ἐυκλη(F)ῖς, las naves ‘de buenas chumaceras’, cuyas dos últimas sílabas eran largas (-ήϊς < -ηFῖς), reinterpretado en -εῖας por paronimia con κλέος. En el segundo, la dificultad métrica habría sido la causante de la reinterpretación: en el

sintagma ἐλίκωπες (-ας) Ἀχαιοί (-ούς), (x7 en la *Iliada*) la similitud con ὄψι sería responsable de la declinación (atemática) del compuesto y de la interpretación del término en relación con la vista, una epitetización rara, señala con razón LF, para gentilicios. La interpretación correcta ha de partir de κώπη, ‘remo’: son los aqueos que «hacen girar sus remos», pero la paronimia con ὄψι y la enorme frecuencia de sus términos (piénsese en compuestos como γλαυκῶπις o βοῶπις) ha producido la mala interpretación semántica y la modificación formal de los esperables ἐλίκωποι, -πους, con vocal larga final, en los reanalizados ἐλίκωπες, ἐλίκωπας por necesidad métrica. (6) Termino este escueto muestrario con un ejemplo en el que la reinterpretación y el reanálisis proceden de una incorrecta segmentación de la cadena en una forma antigua cuya conciencia podría haberse perdido ya antes del propio Homero. Es un caso de *sandhi* más complejo que el de νήδυμος, mencionado al principio, y sobre el que no muestra una seguridad absoluta. Me refiero a ἀσφάραγος (XXII 328), que procedería de un mal corte a partir de οὐδαρσασφαραγος, segmentado como οὐδ’ ἄρ’ ἀπ’ ἀσφάραγος en lugar del correcto οὐδ’ ἄρα πᾶς φάραγος. El caso recuerda, dice LF, a la fantasmal «Lady Monthegreen» (a partir de «laid ihm on the green» de una cancioncilla inglesa) o a que nosotros pensáramos que «Sorolla» era la cocinera de algún convento o entendiéramos «al ver tocar lo sagrado» a partir de «Alberto Carlos Agrado».

En una excelente Síntesis (641-697) se resume, primero, el verdadero sentido de los términos analizados y se declara con absoluta honestidad cuál de esos análisis es seguro, cuál casi seguro o muy probable y cuál es simplemente probable o plausible, sea por las condiciones del término, o sea por la insuficiencia de apoyos de la interpretación propuesta. Se atiende luego a distintos aspectos, como a) la distribución de ejemplos entre los poemas, con el esperable predominio de ejemplos iliádicos, b) las características del término reinterpretado en función de su frecuencia, de sus rasgos fonéticos, morfológicos, sintácticos, morfosintácticos y léxicos, así como al influjo de la métrica en los procesos, c) a los tipos de error del reanálisis, semánticos, sintácticos y de segmentación, d) a los razonamientos analógicos que guían la remotivación, e) a la evolución de los términos reinterpretados y f) a la fecha en que se habría producido la reinterpretación. Unas excelentes tablas cierran este apartado.

Las Conclusiones (699-711) cierran el estudio con una sucinta pero clara exposición en la que se insiste en varios aspectos muchas veces repetidos a lo largo del trabajo. A ellas aún se suma un Apéndice de traducciones (713-728), una Bibliografía selecta (729-754) y sendos Índices: (755-796).

La impresión general del libro es de gran solidez. Son abrumadora mayoría los casos en los que quien esto escribe lamenta no haber pensado en las soluciones que propone LF y a veces comprueba satisfecho que ha traducido algún término conforme a sus propuestas antes de conocerlas; y aunque algunos análisis parecen excesivamente forzados, habría sido muy bienvenida su opinión acerca de casos extremos como νυκτὸς ἀμολγῶ ο μερόπων ἀνθρώπων. Siempre es posible también poner reparos por

alguna carencia bibliográfica, pero no caben en la parte principal, donde no se echa en falta ningún título importante y se encuentran, en cambio, referencias a trabajos difíciles de encontrar, como uno de J. Almirall (1994) publicado en las *Actas del VIII Congreso Nacional de Estudios Clásicos*. Sus posibles carencias están en la cita de las ediciones de Homero, donde la de West (2000) es la más reciente, y en la de traducciones, para las que señalamos el caso extremo de la primera nota al capítulo XIII, donde se citan algunas traducciones para ἐλίκοπες Ἀχαιοί, entre ellas las de Murray (1924) y Monti (1894), pero ninguna al español, que las hay: buenas y modernas.

En cualquier caso, la impresión global es muy positiva y algunas explicaciones, como la de ὀπλότερος y αἴμων, que achaca a los editores antiguos que confundieron las formas jonias, con psilosis, con las áticas, dotadas de espíritu áspero e influenciadas por términos áticos corrientes (ὄπλον y αἶμα, en esos casos), son verdaderamente convincentes. Es de justicia, pues, reconocer todos los méritos y aciertos de este excelente trabajo, que ha de constituir un útil de obligada consulta para cualquier nuevo estudioso, traductor o intérprete de Homero.

LUIS M. MACÍA APARICIO
Universidad Autónoma de Madrid

III. *Literatura y filosofía*

BIERL, ANTON Y LARDINOIS, ANDRÉ, *The Newest Sappho: P. Sapph. Obbink and P. GC inv. 105, Frs. 1-4. Studies in Archaic and Classical Greek Song, vol. 2*. Mnemosyne Supplements, 392, Leiden - Boston, Brill, 2016, 543 pp.

Dos congresos celebrados en Basilea (2014) y en Nueva Orleans (2015) están en la génesis de este libro, colaboración de un amplio elenco de los mejores especialistas. La lectura y comentarios que han podido intercambiar entre ellos antes de entregar sus contribuciones a la imprenta, además de la extraordinaria labor de los editores así como de un anónimo reseñador de la editorial y otro anónimo lector dotan al libro de una trabazón y una solidez difícilmente alcanzable en otras circunstancias. En verdad el volumen es coral, fruto del debate abierto, de la revisión de propuestas, enriquecido con aportaciones mutuas y externas.

Lo encabeza la descripción de los nuevos hallazgos a cargo de Bierl y Lardinois: plantean su trascendencia al arrojar nueva luz sobre la poesía sáfica e invitar a reflexionar sobre su quehacer, su auditorio, su contexto, sus formas de representación.

A partir de ahí la obra se articula en tres partes, la primera dedicada a «Safo en los nuevos fragmentos». Dirk Obbink ofrece una nueva edición de los fragmentos, con un

rico aparato crítico y traducción. Su objetivo no es resolver todos los problemas, sino ofrecer un texto de referencia y discusión. En un segundo artículo aborda la procedencia y autenticidad de los papiros y profundiza en los textos, un análisis que sobresale por su pulcritud y la cautela en las conclusiones. El inconformismo, el no dar nada por supuesto, la crítica presiden el artículo de Joel Lidov «Songs for Sailors and Lovers»: centrado en la estructura de varios poemas, puntilloso en los usos lingüísticos, avanza propuestas muy interesantes sobre el grado de dramatización (personal y comunitaria) y el contexto de representación (ceremonias de vuelta a casa y matrimoniales en un festival en el *témenos* de Hera). Los nuevos hallazgos en verdad invitan a revisar teorías anteriores y así Richard P. Martin argumenta a favor de una Safo yámbica, se centra en el «Poema de los Hermanos», pero advierte también de la importancia de ese enfoque para su recepción en Roma. Las relaciones entre la Grecia Arcaica y el Próximo Oriente son estudiadas por Kurt A. Raaflaub: bien documentado sitúa en una nueva perspectiva las aventuras de Caraxo en Egipto y las tiranías cuya derivación oriental niega. Ewen Bowie a la pregunta de cómo llegaron las canciones de Safo a formar parte del repertorio masculino del simposio responde que acaso ése fuera el primer contexto para algunas de ellas, una argumentación coherente, pero cuya propuesta final de enmendar el texto del «Poema de los Hermanos» despierta más reticencias.

Este poema es el objeto de estudio de toda la segunda parte. André Lardinois discute con gran claridad la cuestión de la autenticidad, la tradición biográfica sobre Safo y sus hermanos hasta concluir que probablemente son caracteres ficticios, un tema de gran trascendencia para la interpretación de la poesía arcaica, su transmisión y pervivencia. Deborah Boedeker aborda el por qué de la súplica a Hera, cuestión que también hemos tratado nosotros (*Emerita* 85 (2), 2016, pp. 343-351; *Myrtia* 31, 2016, pp. 31-54) y que le conduce a subrayar su faceta de diosa marítima, a matizar su papel junto a Zeus y a advertir lo apropiado de su deseable intervención. A Dirk Obbink también le interesa el regreso de Caraxo: en un artículo muy rico, utiliza los ecos de la tradición latina para la posible reconstrucción de la primera estrofa y tiene presentes no sólo todas las posibilidades de creación, sino las que favorecieron su perdurabilidad y repetición. Anastasia-Erasmia Peponi ofrece una sugerente reflexión sobre las mitopoéticas de lo doméstico, cuyos paralelos abren ventanas interesantes tanto para la contextualización originaria de los poemas como las audiencias futuras y la proliferación de historias en torno a Safo. Leslie Kurke, fascinada por la combinación de lo cotidiano y las resonancias míticas en los nuevos fragmentos, considera tanto esos modelos como las esferas de género. Eva Stehle centra su lectura en Lárico y en las «verdades que le canta» su hermana. A Llewelyn Morgan le atrae más la recepción del poema en Roma. Perfecta en su exposición y trascendencia para la transmisión posterior, la transición a la tercera parte del libro corre a cargo de Anton Bierl, que compara el «Poema de los Hermanos» y la «Canción de Cipris».

Él mismo es el encargado de abrir esa tercera parte: reconstruye el contexto y sentido de la «Canción de Cipris» en un artículo muy bien elaborado y pleno de propuestas sobre la puesta en escena originaria y secundaria en el simposio. Sandra Boehringer y Claude Calame se sumergen en el vértigo del amor desde la doble perspectiva de estudios de género y sexualidad de una parte, y enunciación y pragmática de otra. Renate Schleiser sitúa el poema en el conjunto de la producción sáfica como teoría poética del amor en miniatura. Mientras Diane Rayor reimagina varios de los fragmentos a través de la traducción.

La obra se cierra con tres artículos a cual más interesante sobre el Fg. 17, «Canción de Hera». J. Lidov clarifica los problemas y posibilidades de la primera estrofa. Stefano Caciagli explora las circunstancias míticas y rituales del santuario de Messon, la relación con el «Poema de los Hermanos», la audiencia y ocasiones de representación. Un cúmulo de preguntas bien formuladas y ricas sugerencias. G. Nagy toca también varias de esas cuestiones, pero le interesa sobre todo la expresión del afecto fraterno, su resolución del interés de la audiencia en ese sentir atormentado es brillante, bien hilada, perfectamente contextualizada en la poesía sáfica, los ámbitos coral y simposíaco así como el gran festival de Hera en Lesbos hasta culminar en la propuesta etimológica del nombre de Safo como ‘hermana’.

Obra monumental a la altura de la expectación suscitada por los nuevos fragmentos. De consulta imprescindible para el estudioso, con guiños modernos en algún título («All you need is love») y paralelos inesperados (P. de Hooch, Jane Austen, La Traviata). ¡Enhorabuena!

HENAR VELASCO LÓPEZ
Universidad de Salamanca

CUCCHIARELLI, ANDREA, *Orazio. L'esperienza delle cose (Epistole, Libro I)*, Venezia, Marsilio Editori, 2015, 184 pp.

La colección *Il Convivio* de la editorial véneta Marsilio pretende acercar al público general los textos grecolatinos, tanto antiguos como tardoantiguos, en ediciones económicas, y un tanto escolares, donde al texto original limpio, sin aparato crítico, se le confronta una versión italiana despojada de notas, que quedan relegadas a un capítulo posterior.

Uno de los textos clásicos incorporados recientemente a la colección son las *Epístolas* de Horacio –aunque solo el libro I–, que se unen así a los *Épodos* del poeta de Venosa, comentados por Alberto Cavarzere, con traducción poética de Fernando Bandini (2001³ = 1997² = 1992).

El autor, profesor de literatura latina de la Universidad de Roma «La Sapienza», vuelca en el estudio preliminar (pp. 9-41) su hondo conocimiento del poeta augústeo, ya

demostrado en ensayos precedentes, en particular el volumen *La satira e il poeta. Orazio tra «epodi» e «Sermones»* (Giardini, 2001). En realidad, este estudio preliminar consta de dos partes bien diferenciadas. En la primera, la más original («La battaglia nello stagno. Distacco e gioco nel libro delle *Epistole*», pp. 9-26), el autor desarrolla, en forma de ensayo, y sin notas ni citas eruditas, su visión personal del Horacio del libro I de las *Epistolas*, un Horacio cuarentón, cargado de experiencia, que con la epístola en verso, un género poético nuevo, explora los grandes temas morales de la filosofía, en una continua búsqueda de nuevas perspectivas, a veces sorprendentes, sobre los hombres y sobre las cosas, en un intento por alcanzar un punto de equilibrio entre las pasiones y el ascetismo, un distanciamiento de las cosas que no sea estéril inmovilidad, sino más bien un estado de ánimo libre y creativo, a veces hasta alegre, sin obligaciones de fidelidad hacia ninguna escuela, maestro o autoridad. La segunda parte de este estudio preliminar («Nota sul primo libro delle *Epistole*», pp. 27-41) no es más que el consabido estudio introductorio donde se aclaran los diversos aspectos de la obra estudiada: datación, título, género literario, pensamiento filosófico, destinatarios de las epístolas, temas y argumentos, etc., más un brevísimo capítulo final sobre la transmisión manuscrita y la crítica textual horaciana.

El texto latino reproduce el del filólogo magiar István Borzsák (Leipzig, Teubner, 1984 [= Madrid, Coloquio, 1988]), excepto en cinco pasajes, amén de que el autor adopta un estilo de puntuación diferente y sigue un criterio personal en la elección de las variantes ortográficas. Ahora bien, en ningún momento se justifica o razona la elección de la edición base escogida. ¿Por qué no la Teubneriana de Shackleton Bailey (Stuttgart 1985) o la italiana de Paolo Fedeli (Roma: Istituto Poligrafico e Zecca dello Stato, Libreria dello Stato, 1997)?

De los cinco pasajes en que el autor se aparta de Borzsák, coincido en cuatro de ellos: I 5.17 *inertem* (*inermem* Borzsák); 12.29: *defundit* (*defudit*); 16.15 (*et, iam si credis, amoenae* (*etiam, si credis, amoenae*); 17.31 *chlanidem* (*chlamidem* Borzsák). No obstante, no comparto la atetización del v. I 1.56: *laeuo suspensi loculos tabulamque lacerto*. Es un verso idéntico a *Serm.* I 6.74, donde se aplica a los niños que van a la escuela. El autor lo considera «con ogni verosimiglianza interpolato», porque está fuera de lugar y no se adapta ni a los *iuvenes* (pero adultos) ni mucho menos a los *senes* del v. 55. Antes que él, atetizaron este verso Guietus, Sanadon, Meineke, Haupt Keller (ed. alt.), Shackleton Bailey y Fedeli (cf. W. Clausen, *AJPh* 76, 1955, pp. 47-49; G. Jachmann, *Studi in onore di U. E. Paoli*, Firenze, 1955, pp. 395-396; Macleod 1986, p. 29; Fraenkel 1993, p. 5 n. 12). Todo lo contrario creemos. Con el humor e ironía que caracteriza al Horacio epistolar, Horacio repite tal cual este verso con evidente intención satírica, porque todo el público de jóvenes y viejos que frecuenta el Pórtico de Jano vienen a ser como un grupo de aplicados escolares que con sus bolsas y libretas acude al Foro a aprender la lección crematística dictada por los banqueros. El papel docente de los banqueros queda subrayado por los términos *pro-docet* (un hápax acuñado como calco del gr. *prodídáskein* = *palam docet*) y *dictata*; y el papel discente

de los improvisados alumnos con *recinunt* (cf. *Ep.* I 18.13, *ut puerum saeuo credas dictata magistro reddere*) y el indudable sabor escolar del repetido v. 56. Defendieron la autenticidad de este verso Fea, Doederlein, Fritzsche, Schmid, Vahlen, Kiessling, Vollmer, Lejay, Villeneuve y Fairclough. También lo defendió A. E. Housman (*The Classical Papers*, Cambridge, 1972, p. 151), si bien lo traspuso al v. 59.

Capítulo aparte merece el controvertido verso I 2.31: *ad strepitum citharae cessatum ducere curam*. En este conocido *locus plus quam desperatum* el autor opta, con prudencia conservadora (pp. 121-122), por mantener en el texto latino la lectura transmitida por el grueso de los manuscritos, pese a la dificultad sintáctica que entraña (supino con valor final regido por *ducere*), frente al texto alternativo preferido por algunos editores modernos *cessantem ducere somnum* (Bentley, Shakleton Bailey, Fedeli), si bien hay que reconocer que para este *locus* hay casi tantas conjeturas como editores. El autor arriesga la suya propia, documentándola, en el comentario *ad loc.: celeri indulgere choreae* (p. 121). Lástima que no optara por elaborar una edición crítica.

La traducción al italiano respeta la subdivisión en versos del original, pero no pretende ser poesía, sino tan solo una prosa a veces preñada de cadencia rítmica que sugiere, al menos a trechos, el aliento y los movimientos del *sermo* hexamétrico horaciano. Es decir, el autor, creemos que con buen criterio, no ha creído oportuno «excedere nel “prosaicizzare” lo stilo epistolare di Orazio, che ha spesso la vivacità e l’estro della poesia, e non sempre a fini umoristici o di parodia» (p. 41).

Tras el texto latino y la traducción italiana sigue el «Commento» (pp. 115-175), donde tras una brevísima introducción a cada epístola se da cabida a unas pocas y escuetas notas, las imprescindibles, que arrojan luz y algo de erudición, ahora sí, sobre los pasajes más oscuros. Cierra el volumen una sucinta y aseada Bibliografía (pp. 177-182), donde se recogen tanto las principales ediciones y comentarios de la obra completa de Horacio, como las parciales de las *Epístolas*, así como los estudios horacianos más pertinentes para una mejor comprensión de la producción epistolar horaciana.

FERNANDO NAVARRO ANTOLÍN
Universidad de Huelva

CASTRO SÁNCHEZ, JOSÉ, *Himnodia hispánica*. Introducción, traducción, índices y notas por José Castro Sánchez, con la colaboración de Emilio García Ruiz. *Corpus Christianorum in translation* 19. *Series Latina* CLXVII, Turnhout, Brepols, 2014, 604 pp.

El libro que reseñamos constituye una aportación muy importante a la liturgia y a la filología latina. Se trata de la primera traducción a nuestra lengua de la *Himnodia hispánica* y ha sido llevada a cabo por un gran especialista en la materia, el profesor Castro Sánchez, con la colaboración del profesor García Ruiz. Muchos son los tra-

bajos del Dr. Castro en este campo, entre ellos, la edición de estos himnos, publicada en Brepols en 2010. Edición y traducción forman un conjunto valioso e inseparable.

El libro está estructurado en las siguientes partes: Índice de Contenido (pp. 5-14), Introducción (pp. 15-76), Bibliografía (pp. 77-95), Traducción de los himnos (pp. 99-548) e Índices (pp. 549-604).

En el primer apartado de la Introducción, «El corpus de himnos y sus autores», el autor se ocupa de cuestiones como la definición de himno, la liturgia de la que formaban parte y el momento en el que se cantaban. Justifica la elección del término «hispánica» para denominar esta himnodia, y explica que el número de 210 composiciones que la integran corresponde a los himnos que el jesuita Blume aceptó como «de autenticidad mozárabe» (sin embargo, no todos los estudiosos, como indica el autor, están de acuerdo con este número). También hay dudas sobre la datación y autoría de los himnos. En cuanto a la datación, tras exponer los argumentos de Pérez de Urbel, Díaz y Díaz y Szövérfy, se concluye que la mayoría de los himnos habrían entrado en nuestra liturgia antes de la invasión árabe. Y en cuanto a la autoría, la mayoría son anónimos; en pocos himnos hay acuerdo en relación al autor.

El segundo apartado se dedica a «Los himnos. Historia y significado». Comienza con un breve recorrido por los cantos religiosos en la Iglesia Oriental, hasta llegar a los himnos de la Iglesia Bizantina y Occidental. Se destaca el papel de Juvenco y su *Historia evangelica*, primer intento de himnodia litúrgica en Occidente, pero se reconoce que Hilario, Ambrosio y Prudencio, así como muchos himnodas de la antigüedad tardía y del Medievo –la mayoría anónimos–, fueron quienes ejercieron mayor influencia en la posteridad. En las páginas dedicadas a la himnodia de los siglos V-VII se destaca la falta de testimonios en el s. V (debido a la destrucción de códices por las invasiones bárbaras), y ya en los siglos VI y VII, el auge cultural que supuso la llegada de los visigodos a Hispania y el importante papel que desempeñaron las grandes figuras de la Iglesia visigoda, siendo en esta época cuando se compusieron la mayoría de los himnos. En los siglos VIII-XI la invasión árabe supuso la ruptura de la estructura política de la España visigoda, pero no una ruptura cultural; la cultura mozárabe continuó la tradición cristiana antigua, y también continuaron los himnos; autores destacados fueron Eulogio y Álbaro. En el siglo XI (1080) se sustituyó el rito hispano por el rito romano, lo cual supuso el final de la liturgia y de la himnodia hispánica. En el siglo XVI, se explica, en un intento por recuperar la antigua liturgia, el Cardenal Cisneros encargó al canónigo Alfonso Ortiz la edición de un Misal y un Breviario mozárabes; serían reeditados por Lesley (Roma, 1775) y por el Cardenal Lorenzana (el Breviario en Madrid, 1775 y el Misal en Roma, 1804). Se habla, en último lugar, del significado de los himnos. El profesor Castro sostiene, teniendo en cuenta la bibliografía especializada (Dom Brou, Messenger y Fontaine), que los himnos son ante todo expresión de religiosidad, piedad y culto, y que los cristianos de los primeros siglos hicieron uso de ellos para defenderse de la herejía

y atacarla. Con este fin, recuerda, san Hilario importó los himnos de Oriente, y san Ambrosio los desarrolló y perfeccionó. Son una muestra significativa de la síntesis entre la cultura latina pagana y la cultura cristiana, y síntesis de una triple herencia de tradiciones himnicas, judía, griega y latina. Pero también sus elementos narrativos los relacionan con la tradición épica, que se percibe sobre todo en los himnos de los mártires, los nuevos héroes cristianos. Por otra parte, la himnodia cristiana continúa no solo las tradiciones himnódicas de la antigüedad clásica y tardía, sino también la tradición poética bíblica, siendo esencial la continuidad entre salmodia e himnodia. La función religiosa del himno es, además, catequética, pues, como dice Fontaine, proclama el misterio de la Trinidad y el de la persona de Cristo.

El tercer apartado, «Nuestra traducción», informa de que es la primera y de que se ha realizado, salvo alguna excepción, sobre el texto latino editado por el profesor Castro; es en prosa y en ella se ha buscado, ante todo, la fidelidad al texto original.

El cuarto apartado informa de las «Traducciones anteriores» de algunos himnos, y el último, de algunas «Erratas y cambios de lectura».

La Bibliografía, acompañada de útiles abreviaturas, se divide en: «Léxicos y glosarios», «Instrumentos electrónicos», «Fuentes» y «Obras secundarias».

La traducción de los himnos es, sin duda, la parte esencial del trabajo. El *corpus* de himnos está dividido en cinco grupos, siguiendo la clasificación de Blume (Propio del tiempo; Común del tiempo; Propio de los santos; Común de los santos, y En ocasiones varias). La traducción, como anunciaba el profesor Castro, es en prosa y ajustada al texto latino, correcta y fiel, no buscando elegancias que no se hallan en el original. Está acompañada de abundantes notas explicativas, que abarcan toda clase de cuestiones y que facilitan y enriquecen la comprensión de cada himno, así como de unos índices que ayudan al lector e indican, a la vez, la naturaleza del trabajo llevado a cabo.

Para concluir, podemos afirmar que el resultado de todo el trabajo realizado es un libro que aporta conocimiento, y que, sin duda ninguna, era muy necesario, por lo que supone una importantísima aportación.

ELENA GALLEGO MOYA
Universidad de Murcia

Manipulus studiorum en recuerdo de la profesora Ana María Aldama Roy. Edición de María Teresa Callejas Berdonés, Patricia Cañizares Ferriz, María Dolores Castro Jiménez, María Felisa del Barrio Vega, Antonio Espigares Pinilla y María José Muñoz Jiménez, Madrid, Escolar y Mayo Editores, 2014, 1064 pp.

El libro objeto de este comentario es el primero de la colección «Philologica», creada e impulsada por el Departamento de Filología Latina de la Universidad Complutense. Los miembros de ese Departamento han querido, en ese primer volumen, honrar

la memoria de Ana María Aldama Roy, destacada latinista de la Complutense que nos dejó en septiembre de 2009. Tras su fallecimiento, su familia creó la Fundación Ana María Aldama Roy de Estudios Latinos, con idea de promover y difundir la investigación en Filología Latina, con especial atención al estudio del latín cristiano, medieval y renacentista, que fueron los campos principales de interés investigador por parte de Ana María, cuyo perfil académico y bibliografía completa se ofrecen en las páginas 21-24 del volumen que le rinde homenaje póstumo. Tanto la Fundación Aldama como la benemérita editorial Escolar y Mayo han sido colaboradores imprescindibles para que este *Manipulus* vea la luz, cinco años después de la muerte de su protagonista.

Ana María Aldama nació en Zaragoza, y se licenció y doctoró en Filología Clásica en la Universidad Central de Barcelona. Tuvo a Virgilio Bejarano como maestro. En los años 80 del siglo pasado comenzó a trabajar en la Universidad Complutense de Madrid, después de una primera experiencia docente en la capital de Aragón a partir de 1974. Participó muy activamente en numerosos proyectos de investigación, de los que me gustaría traer a colación aquí uno centrado en las fuentes para la historia y la civilización hispanovisigoda, cuyo investigador principal fue el visigotista Luis Agustín García Moreno (Universidad de Alcalá de Henares), o distintos proyectos de la Complutense como las *Fontes Hispaniae Antiquae*, el léxico de la *Chronica Adefonsi Imperatoris* y del *De institutione uirginum* de San Leandro, o la edición y estudio de los florilegios latinos conservados en España, todos ellos de gran interés y relevancia científica contrastada.

Dicen los editores («Preámbulo», página 19): «Son casi un centenar los colegas y amigos de universidades nacionales y extranjeras que han participado en este homenaje con sus colaboraciones, dando así testimonio del extraordinario aprecio que Ana María despertaba». Resulta, pues, difícil, dar noticia en una reseña de todas y cada una de los 76 trabajos presentados por ese centenar de estudiosos. La ordenación de los mismos no es temática, sino por orden alfabético del apellido inicial de cada autor, de modo que es Zoa [*sic*] Alonso quien inaugura la nómina de colaboradores, que clausura Irene Villarroel. Después del artículo de esta última estudiosa figura, fuera ya del ámbito alfabético, una auténtica monografía, titulada *De floribus florilegiisque Barcinonensibus*, que da cuenta a lo largo de 135 páginas del fondo antiguo *ad hoc* de la Biblioteca de la Universidad de Barcelona; firma tan valioso inventario, que tanto hubiera complacido a Ana María, un grupo de nueve estudiosos coordinado por E. Artigas.

A título informativo y asumiendo los riesgos comunicativos que entrañan las listas demasiado largas, creo obligado citar los nombres propios que median entre las citadas Alonso y Villarroel, pues representan la plana mayor de la Filología Latina en nuestro presente académico y en esa disciplina: M^a. C. Álvarez Morán, J. A. Álvarez-Pedrosa, J. L. Arcas, T. Arcos, E. Asencio, J. M. Baños, M^a. F. del Barrio,

M^a. T. Beltrán, A. Bernabé, F. J. Bran, J. J. Caerols, M^a. T. Callejas, J. M. Cañas, P. Cañizares, J. D. Castro, M^a. D. Castro, P. Cid, J. L. Conde, M. Conde, V. Cristóbal, M. E. Cuyás, C. Chaparro, L. Charlo, J. M. Díaz de Bustamante, A. Espigares, D. Estefanía, B. Fernández de la Cuesta, J. Fernández López, E. Fernández Vallina. M^a. J. Fuente, M^a. C. García Fuentes, F. García Jurado, J. Gil, J. A. González Marrero, T. González Rolán, C. Guzmán, J. Hamesse, F. Hernández González, F. G. Hernández Muñoz, G. Hinojo, J. del Hoyo, R. M^a. Iglesias, J. J. Iso, M. Jiménez San Cristóbal, A. López Fonseca, A. López Jimeno, M. López-Muñoz, J. Lorenzo, J. M^a. Maestre, A. I. Martín Ferreira, C. Martín Puente, M. Martínez Hernández, R. Martínez Ortega, M. Martínez Pastor, M. Mayer, C. Medina, J. Mendoza, E. Montero, A. Moreno, F. Moya, I. Moya, M^a. J. Muñoz, E. Otón, C. T. Pabón, F. J. Pérez Durà, M. Pérez González, F. del M. Plaza, J. Ponce, B. Pozuelo, J. Riquelme, A. Rísquez, G. Rodríguez Herrera, M. Rodríguez-Pantoja, E. del Río, S. Romano, C. de la Rosa, F. Salas, E. Sánchez Salor, P. Saquero, P. Toribio e I. Villalba.

Resulta difícil comentar tal o cual aportación de un listado tan amplio y tan competente. Por razones de mera cercanía geográfica —mi despacho está al lado de los suyos—, me referiré al artículo presentado al *Manipulus* por José Manuel Cañas Reillo, rotulado «Isaac Newton y los antiguos escritores cristianos latinos y griegos», un novedoso apunte sobre la utilización por parte del Newton teólogo de autores cristianos antiguos, y el redactado al alimón por Cristina Martín Puente y Matilde Conde Salazar sobre «La literatura latina en el cine», que no tiene desperdicio y que no podía pasar desapercibido para un cinéfilo inveterado como este modesto reseñista. Pero este *Manipulus studiorum* es una compilación tan ambiciosa desde el punto de vista científico, que, ábrase por donde se abra, colmará las expectativas del lector más exigente en lo que a pulcritud filológica se refiere.

LUIS ALBERTO DE CUENCA
ILC, CSIC

IV. *Historia, religión y sociedad*

MARTÍN-VELASCO, M^a. JOSÉ Y GARCÍA BLANCO, M^a. JOSÉ. (eds.), *Greek Philosophy and Mystery Cults*, Cambridge, Cambridge Scholars Publishing, 2016, 244 pp.

En esta publicación se recogen diez trabajos cuyo tema central es la visión y adaptación que grandes filósofos griegos, sobre todo Platón y neoplatónicos, ofrecen sobre muy distintos aspectos de las religiones místicas (vocabulario, creencias, rituales, etc.). Al elenco de filósofos se añade muy acertadamente un capítulo dedicado a

Eurípides, autor que propiamente hablando no es un filósofo, pero a través de cuyas tragedias se filtra un interesante sistema de pensamiento y la crítica de algunas de las tradiciones más arraigadas. Además, *Las Bacantes*, la obra en la que el capítulo se centra, es un testimonio fundamental para la comprensión e interpretación de una de las religiones místicas más importantes, el dionisismo.

El libro se abre con un capítulo de Casadesús en el que ofrece una panorámica del uso y adaptación que la filosofía hizo del vocabulario místico: comienza con los filósofos presocráticos (sobre todo Pitágoras, Parménides, Empédocles y Heráclito) que a través del lenguaje místico pretenden legitimar sus concepciones filosóficas al ponerlas en relación con los dioses y el proceso iniciático. Continúa con Platón, a quien está dedicado el grueso del capítulo; muestra cómo el filósofo toma el vocabulario místico para explicar la filosofía y el acceso al mundo de las Ideas. Para Platón el filósofo es comparable al iniciado, cuyo proceso de purificación del alma equivaldría al proceso de eliminación de la ignorancia para acceder a la verdadera sabiduría. Para terminar se ofrecen una serie de reflexiones sobre el uso que los estoicos, sobre todo Crisipo, hicieron del vocabulario iniciático.

El siguiente capítulo, a cargo de Bernabé, versa sobre la postura de Aristóteles hacia las religiones místicas: al contrario que Platón, que transfiere el proceso iniciático a su sistema filosófico, Aristóteles considera que los misterios carecen de cualquier valor instructivo o de adquisición de conocimiento. Para él la iniciación es una experiencia emocional y psicológica, no racional, cuyo único valor es la preparación moral del hombre ante la muerte, pero no ofrece ningún conocimiento filosófico.

Siguen tres capítulos dedicados exclusivamente a Platón: en el primero de ellos, De Castro se ocupa del *Gorgias* de Platón, sobre todo en relación al juicio al que las almas son sometidas tras la muerte visto como el momento decisivo en que el alma debe enfrentarse desnuda a sus actos anteriores. Estudia el papel de la retórica en relación a ese juicio y concluye que Platón la concibe como un instrumento que debe usarse para clarificar la verdad y servir a la justicia, no para intentar enmascarar actos injustos. El capítulo contiene una sugerente interpretación de algunos de los puntos más complicados del diálogo, pero se echa de menos algo de bibliografía que la apoye y documente.

Por su parte, Gómez Iglesias se centra en la utilización que el filósofo hace del vocabulario místico y la adaptación de los conceptos que sustentan la iniciación eleusina, especialmente en el *Fedro* y en el *Banquete*. En esta visión platónica de la filosofía como un proceso iniciático, el Amor, un elemento ajeno a la religión de Eleusis, desempeña un papel fundamental. Para Platón es el Amor el que inspira a los filósofos y les permite acceder, mediante el recuerdo del conocimiento previo, a un plano superior donde se aprehende la Belleza y la Verdad.

Blanco Rodríguez trata sobre los elementos órficos que pueden ser encontrados en la base de ciertas teorías filosóficas platónicas: la concepción del alma como la

verdadera esencia del hombre y su origen divino, el desprecio por el cuerpo o la necesidad de llevar a cabo una purificación para acceder a la salvación. El filósofo adopta y adapta esas creencias de modo que, en su sistema de pensamiento, la purificación del alma no vendría a través de los ritos y preceptos religiosos que proponen los órficos, sino mediante la práctica de la filosofía, y la salvación consistiría en alcanzar la Verdad y el Conocimiento. Sin embargo es notable el desprecio que el filósofo muestra hacia aquellos que vendían sus servicios, como los magos o los orfeotelestas, para purificar las faltas individuales. Platón aprecia y adapta la esencia de las creencias órficas y sus ritos, pero desprecia a aquellos que los utilizan para enriquecerse.

Los siguientes tres capítulos se centran en dos de los filósofos neoplatónicos más importantes, Proclo y Jámblico: sobre el comentario de Proclo al *Timeo* de Platón, prestando especial atención a los elementos órficos y pitagóricos que pueden rastrearse en él, trata Bordoy. Analiza la relación entre filosofía y religión en el neoplatonismo, especialmente en los puntos en que Proclo intenta conciliar afirmaciones platónicas y órficas aparentemente contradictorias, concibiendo a Orfeo como un poeta superior al resto por su valor teológico. La presencia de elementos pitagóricos y del Demiurgo en el diálogo platónico sería el punto de unión entre la filosofía y la religión con respecto a las ideas cosmogónicas.

De Garay analiza también la relación entre filosofía y religión en el pensamiento de Proclo, pero se centra en la concepción de los dioses: Platón critica la visión tan mundana que de ellos se da en los mitos, incluidos los órficos, pero Proclo intenta explicar que Orfeo, que era un gran teólogo, se expresa de manera simbólica.

Hermoso examina la difícil cuestión de la relación entre teúrgia y filosofía en el pensamiento de Jámblico, quien considera que el camino hacia lo divino consiste en la práctica de la filosofía entendida como meditación sobre lo Bello y comprensión de los símbolos y los rituales religiosos dispuestos para la liberación y purificación del alma. Parte claramente de la concepción platónica en este sentido.

El siguiente capítulo difiere del resto al centrarse en las *Bacantes* de Eurípides y no en una obra considerada propiamente filosófica. Navarro ofrece una interpretación de la tragedia centrada en el concepto de sabiduría que en ella se ofrece. La venganza de Dioniso y su enfrentamiento con Penteo significa un conflicto de valores: el coro expone que la piedad hacia los dioses es una sabiduría mayor y más verdadera que lo que los hombres consideran que es lo sabio. Oponen el conocimiento humano a la fe en los dioses, considerando a esta última muy superior a la hora de alcanzar la verdadera felicidad. La verdadera sabiduría, según el coro, es ser prudente y honrar a los dioses. Los ritos dionisiacos ponen a sus fieles en comunión con la naturaleza y la divinidad, pero al igual que el propio Dioniso, sus efectos pueden tener un lado oscuro para quien no los acoge de la manera debida. El mejor ejemplo de ello es Ágave: poseída por el furor dionisiaco piensa que ha obtenido un gran logro al matar a un león con sus propias manos, feliz transporta su cabeza a la ciudad para que todos la puedan admirar, pero

cuando recobra sus sentidos se da cuenta de que lo que creía ser un león era en realidad su hijo. La exultante felicidad pasa a ser la más grande de las desdichas. Muestra así Dioniso que no hay perdón para quienes le ofenden y no aceptan su culto.

El último capítulo, a cargo de Santamaría, trata sobre la presencia del Protógono órfico en algunos de los escritos platónicos. Hace un repaso de las teogonías órficas (las *Rapsodias*, *Jerónimo* y *Helánico*) donde es citado y descrito este dios primordial. También estudia los testimonios clásicos y helenísticos al respecto (laminillas, himnos órficos, *Papiro de Derveni*, *Hipsípila* de Eurípides, las *Aves* de Aristófanes, etc) para finalmente centrarse en el mito de Aristófanes en el *Banquete* de Platón y, por último, ponerlo en relación con el Demiurgo platónico con el que guarda significativas semejanzas. Traza una serie de paralelos entre Protógono (en las *Rapsodias* y el *Papiro de Derveni*) y el primitivo andrógino del *Banquete* y señala que probablemente ambos podrían partir de una misma fuente órfica perdida.

Al reunir esta colección de trabajos, el libro ejemplifica muy bien cómo las religiones místicas y la filosofía tuvieron una importante relación ya desde los filósofos más antiguos, pero sobre todo gracias a Platón. Resulta un trabajo variado, pero con una unidad temática clara, que ofrece teorías muy interesantes tanto desde el punto de vista de la filosofía como desde el del estudio de las religiones.

SARA MACÍAS OTERO
ILC, CSIC

DE HOZ, MARÍA-PAZ, SÁNCHEZ HERNÁNDEZ, JUAN PABLO y MOLINA VALERO, CARLOS (eds.), *Between Tarhuntas and Zeus Polieus. Cultural Crossroads in the Temples and Cults of Graeco-Roman Anatolia*, Leuven - Paris - Bristol CT, Peeters, 2016, xx + 255 pp.

Según exponen los editores en el prólogo (pp. IX-XII), esta obra colectiva se propone trazar, con una perspectiva multidisciplinar, las líneas de interacción entre las culturas locales y los pueblos que ejercieron su dominio en el Asia Menor de la Antigüedad, en especial persas y griegos, pero sin olvidar el repunte de prácticas culturales acaecido durante el período Imperial romano. Cada uno de los diez capítulos en que se articula el volumen pone el foco en un culto o templo de un área determinada, en un grupo de cultos en una ciudad concreta, o en el mismo culto en varias partes de Asia Menor. La pervivencia de prácticas y mentalidades religiosas que hundirían sus raíces en épocas preclásicas, o que incluso podrían remontar al período hitita, recibe una atención especial, como el propio título del volumen evoca con su alusión al dios de la Tempestad anatolio.

El primer capítulo, a cargo de Robert Parker, lleva el título de «‘For Potamos, a Vow’: River Cults in Graeco-Roman Anatolia» (pp. 1-13). Se trata de una revisión de los cultos fluviales en el período grecorromano de Asia Menor, su contexto social, propósito y rituales a ellos asociados. Parker toma distancias con respecto a posibles continuidades anatólicas, aludiendo también a la importancia de la influencia persa zoroástrica, frigia –a propósito de Marsias– o incluso de la propia tradición grecorromana de los cultos fluviales.

Carlos Molina Valero ofrece en «What do we know about the Letoon? A Study of a Sanctuary during the Period of Achaemenid Rule over Lycia» (pp. 15-45) un nuevo estudio de la inscripción trilingüe de Janto (Xanthos). Un detallado análisis del texto arameo, en especial de su onomástica no semítica, consigue aportar significativos avances. Sopesando los datos en su contexto político-religioso, y teniendo en cuenta la preexistencia de un culto al «Rey Caunio» en Janto, el autor atribuye la iniciativa de la inscripción –por razones sobre todo políticas– a los propios habitantes de Janto.

A la ciudad-santuario de Comana Póntica dedica Luis Ballesteros-Pastor su bien documentado artículo «Comana Pontica in Hellenistic Times: A Cultural Crossroads» (pp. 47-73), en el que se refleja una densa y variada acumulación de estratos ideológico-religiosos. La ciudad se estructuraba en torno al templo de Ma, una antigua divinidad protectora hurrita en cuyo culto destacaba lo que Estrabón (XII 3.36) parece asimilar a la «prostitución sagrada» de Corinto. Bajo el poder romano parece resurgir la imagen lunar, oscura y guerrera, de la antigua Diosa anatólica.

Christina G. Williamson, en «A Carian Shrine in a Hellenising World: The Sanctuary of Sinuri, near Mylasa» (pp. 75-99), estudia el santuario del dios cario Sinuri poniendo de relieve las *συγγένεια*, arraigadas en la estirpe y articuladas en torno a los santuarios. Complementado con cuatro fotografías, un mapa y un plano del santuario, el estudio supone una muestra a pequeña escala de cómo el ritual llega a vertebrar una comunidad a lo largo de los siglos.

Mustafa H. Sayar describe, en «The Temple on Uzunoğlan Hill in Smooth Cilicia» (pp. 101-116), el conjunto monumental de la colina de Uzunoğlan, a caballo de la Cilicia Campestre y la cordillera del Antitauro. Destacan un relieve neosirio de Salmanasar III, una inscripción de Tarcondimoto II Filopátor, y otra que menciona al Zeus Ceraunio. Quince excelentes ilustraciones acompañan al texto, que no comenta ni la tentadora pervivencia onomástica anatólica –el famoso rey *Tarkondemos* de Mira– ni la continuidad del culto al dios de la Tempestad luvita, helenizado como *Κεραύνιος*.

De mayor calado filológico es la contribución de Aitor Blanco-Pérez, «Mên Askaenos and the Native Cults of Antioch by Pisidia» (pp. 117-150), en la que aborda, sobre todo con criterios de análisis epigráfico, el culto de la divinidad lunar anatólica *Μην Ἀσκαηνός* en el santuario de Antioquía de Pisidia. Aunque ya se documenta desde época helenística, todas las inscripciones parecen datar del período imperial. En este contexto destaca el análisis de la práctica cultural descrita por el

verbo *τεκμορεῖν*, probablemente relacionada con el ámbito frigio y el culto de la *Ártemis anatolia*.

A una variante local del culto a *Mên* dedica Marijana Riečl, de la Universidad de Belgrado, su artículo «The Cult of Meis Axiottenos in Lydia» (pp. 151-169). Nuevas inscripciones hasta ahora inéditas permiten profundizar en el culto al dios lunar lidio *Μεῖς Ἀξιοττηνός*. En la antigua *Axiotta* –cerca de la actual *Mağazadamları*– *Meis* era venerado bajo la advocación de «celestes» (*Οὐράνιος*), una divinidad lejana a la que se invocaba por medio de un *ἄγγελος* o de un *Θεῖον*.

A pesar de su título, la contribución de Hasan Malay y Cumur Tanrıver, «The Cult of Apollo Syrmaios and the Village of Parloai near Saittai, North-Eastern Lydia» (pp. 171-184) es más filológica que arqueológica. Consiste sobre todo en una cuidada edición, incluyendo breve comentario y traducción, de cinco nuevas inscripciones, acompañadas de su correspondiente fotografía, datadas entre los ss. I a. C. y I d. C.

María-Paz de Hoz nos ofrece, en «The Goddess of Sardis: Artemis, Demeter or Kore?» (pp. 185-224), una cuidadosa reevaluación de los materiales relevantes para la identificación de la Diosa de Sardes. Datos como la ausencia de *Ártemis* del registro epigráfico en el siglo I d. C. y la aparición de la «Diosa de Sardes» con su arcaica iconografía anatolia son ponderados por la autora en el contexto de los sincretismos y rivalidades político-culturales de época helenística e imperial, decantándose finalmente por la pervivencia de la *Ártemis Sardiána*.

La última contribución, a cargo de Juan Pablo Sánchez Hernández, «Sipylene: The Mother Goddess of Mount Sipylus» (pp. 225-245), rastrea de forma ejemplar la sorprendente historia del culto a la Diosa Madre del monte *Sípilo* (*Σίπυλος*), el actual *Manisa Dağı*, junto a *Magnesia* (hoy *Manisa*), al nordeste de *Esmirna*. Excavada en su rocosa ladera norte se encuentra un gran relieve antropomorfo del s. XIV a.C., acompañado de dos inscripciones en jeroglífico anatolio (*AKPINAR* 1 y 2). La posterior asociación de la montaña con *Tántalo* fue el origen del culto a la Diosa Madre *Sipilena*; asimilada a *Deméter* y *Rea*, llegó a ser divinidad tutelar de la ciudad (*πρὸ πόλεως*) de *Esmirna* y de toda la *Jonia*.

Hemos advertido tan solo un puñado de erratas: p. 6, *ἠδεως* (por *ἠδέως*); p. 8, *ἄγάλα* (por *ἄγαλα*); p. 10, n. 35, *ἔπιτυχών* (por *ἐπιτυχών*); p. 23: *Mayrhofer* (por *Mayrhofer*); p. 25, n. 38: **bhēh²-o-* (por **b^hēh²-o-*); p. 48: *Mithridatids* (por *Mithridatids*); p. 168: *Sühn-und* (por *Sühn- und*); y p. 177: falta el pie de foto ('Fig. 3. Inscription No. 2').

Un índice (pp. 249-255) temático, de nombres propios y de palabras culmina esta elegante colección de estudios, magníficamente editada y que sin duda será de gran utilidad y provecho para filólogos clásicos, historiadores y anatolistas.

JOSÉ VIRGILIO GARCÍA TRABAZO
Universidad de Santiago de Compostela